

grado Tabernáculo, suplicándote también que la admitas en sufragio de las benditas ánimas del Purgatorio. Bendícela, Señor, para que pueda obtener el fruto deseado.—ASI SEA.



## APENDICE

ó 2.<sup>a</sup> PARTE

DEL MANUAL DE LA

### EXPIACION PRACTICA.

*Se ponen en seguida algunos Ejercicios para dirigir á los fieles en los actos expiatorios, y algunas oraciones que les faciliten su práctica.*

Entrando al Templo Expiatorio recordaré aquellas palabras de David (Salm. 5.): "*Introibo in domum tuam*" Entraré Señor en tu Casa, te adoraré en este tu Santo Templo, lleno de un justo temor por tu real presencia que con el mayor acatamiento de mi alma creó y adoro.

Dirá esta Oración de San Alfonso María de Ligorio:

Señor mío Jesucristo que por el amor que tenéis á los hombres estáis de noche y de día en ese Sacramento, todo lleno de piedad y amor, esperando, llamando y recibiendo á todos los que vienen á visitaros. Yo creo que estáis presente en ese Sacramento; os adoro desde el abismo de mi nada, y os doy gracias por todas las mercedes que me habéis hecho; especialmente por haberme dado en este Sacramento vuestro Cuerpo, vuestra Sangre, vuestra alma y vuestro divinidad; por haberme dado por mi abogada á vuestra Santísima Madre la Virgen María, y por haberme llamado á visitaros en este lugar santo. Yo adoro á vuestro amantísimo Corazón, y deseo ahora adorarlo por tres fines: el primero, en agradecimiento de esta tan grande dádiva; el segundo, para desagraviaros de todas las injurias que habéis recibido en ese Sacramento; y le

tercero, porque deseo adoraros en todos los lugares de la tierra donde estáis Sacramentado con menos culto y más desprecio. ¡Jesús mío, os amo con todo mi corazón! Pésame de haberos ofendido tantas veces en lo pasado: propongo enmendarme en lo venidero; y ahora, así miserable como soy, me consagro todo á vos, y os entrego y resigno en vuestras manos mi voluntad, mis afectos, mis deseos y todo lo que soy y puedo: de hoy en adelante, haced, Señor, de mí, todo lo que os agrade; lo que yo os pido y quiero, es vuestro santo amor, la perfecta obediencia á vuestra santísima voluntad y la perseverancia final. Os recomiendo las almas del Purgatorio, especialmente las más devotas del Santísimo Sacramento y de María Santísima, y os ruego también por todos los pecadores. En fin, mi amado Salvador, deseo unir todos mis afectos

tos y deseos con los de vuestro amantísimo Corazón, y así unidos los ofrezco á vuestro Eterno Padre, y le pido que por vuestro amor los acepte y despache.— Amén.

*Se reza la Estación Mayor con ofrecimiento, para que rogando por las necesidades de la Santa Iglesia se ganen las indulgencias.*

Después recordará la doctrina de la Expiación expuesta en este Manual; especialmente las preguntas de la 7.<sup>a</sup> á 22.<sup>a</sup> y de la 25.<sup>a</sup> á la 28.<sup>a</sup>, hará con el más profundo recogimiento interior y exterior un rato de oración mental siquiera por quince minutos. ¡Oh, si en esta meditación se recordara á Nuestro Señor, ó en el Huerto de Getsemaní sufriendo aquella agonía mortal; aceptando el cáliz de su sangrienta expiación, y dando principio inmediatamente á ella! O bien considerarlo en la

Cruz durante aquellas tres horas terribles sufriendo el abandono de su Padre, hasta consumaa su divina Expiación. Es en esta fuente abundante, la Sagrada Pasión, donde se beberá el verdadero espíritu de expiación.

Concluida la meditación hágase algunos de los desagravios que á continuación se ponen. Están tomados del Manual del Apostolado de la Oración.

#### PRIMER DESAGRAVIO.

Oh mi Dios, Jesús y Salvador mío, Dios y hombre verdadero, con el más profundo respeto que la fe me inspira, os adoro y os amo de todo mi corazón, en el Augusto Sacramento del Altar, dónde estáis oculto por mi amor. Deseo reparar todas las irreverencias, profanaciones y sacrilegios de que haya tenido la desgracia de hacerme culpable, co-

mo también los que han sido cometidos hasta este día, y lo sean ¡ay! en adelante.

Así pues, os adoro, oh Dios mío, no tanto, es verdad, como merecéis y debería yo hacerlo; pero al menos tanto cuanto puedo, y quisiera poder hacerlo con toda la perfección de que son capaces todas las criaturas racionales. Me propongo adoraros ahora y siempre, no tanto por esos católicos indignos que no os adoran y os aman, sí que también para indemnizaros del olvido y alcanzar la conversión de todos los herejes, cismáticos, ateos, impíos, blasfemos, infieles, judíos é idólatras.

¡Ah! Jesús mío, ¡que no seáis servido de todos los hombres y por todos adorado, amado y colmado de acciones de gracias á cada instante en el Santísimo y Divinísimo Sacramento!

## SEGUNDO DESAGRAVIO.

Tomado del libro "Práctica de devoción al Sagrado Corazón de Jesús," del P. Lazcano.

Corazón de Jesús, santuario adorable del amor de Dios hacia nosotros pecadores, ¿podremos jamás llorar como debemos el exceso de las ingratitudes con que os hemos ofendido? ¡Oh Dios! Vos nos habíais amado desde la eternidad, nos habíais creado á vuestra imagen y no nos habíais comunicado el ser sino para derramar sobre nosotros los bienes de que vos mismo sois el origen, dejando plenamente satisfecho vuestro amor, haciéndonos eternamente felices. Cuando el hombre, hecho criminal, desconoció vuestro amor, entonces, más liberal aún, y más misericordioso que antes os habíais dignado anonadaros para redimirnos tomando la forma de esclavo; habéis aparecido sobre la

tierra como el más amable de las hijas de los hombres; habéis tomado un corazón como el nuestro para obligar nuestros corazones á amaros. Corazón divino, Corazón abrasado de las más vivas llamas de la caridad, vos habéis reunido dentro de vos mismo nuestras miserias y nuestros dolores. Corazón infinitamente santo, manantial purísimo de la justicia é inocencia, vos habéis llevado las iniquidades del mundo, agotando toda su amargura, vos fuísteis traspasado por nuestros crímenes, y con vuestra Sangre adorable derramásteis sobre la tierra las bendiciones que la consuelan, las gracias que la purifican. Nada ha podido entibiar el ardor de vuestra caridad, ni los sufrimientos y trabajos de toda vuestra vida, ni los dolores é ignominias de vuestra Cruz, ni la ingratitude monstruosa con que os han pagado los hombres vuestros bene-

ficios, y para colmo de tantas maravillas os habéis entregado vos mismo en calidad de alimento á los hijos de los hombres; y nosotros, Señor, sólo hemos opuesto crimen sobre crimen á tanto amor. Nosotros, ¡ingratos! os hemos desconocido. os hemos olvidado, y no cesamos con nuestros repetidos ultrajes de llenar la medida de nuestras iniquidades. Los hombres ¡ah infelices! no quieren ya amaros, no quieren conoceros: cada día va perdiendo vuestra ley santa su fuerza y vigor para ellos, y se va borrando hasta la memoria de vuestro santo Nombre; vuestros templos están desiertos, los Sacramentos abandonados y desconocida ó despreciada vuestra religión. Los cristianos, embriagados del amor de los falsos placeres, de los bienes perecederos de este mundo, no se acuerdan de vuestro amor, sino para contristar vuestro Co-

razón con su indiferencia, ó con los ultrajes de sus desórdenes. ¿Hallaréis aún, Dios mío, corazones fieles sobre la tierra? .... Aun entre aquellos mismos que os conocen, ¿habrá alguno tan afortunado que os tribute amor por amor? ..... Por nuestra parte, puesto que os habéis dignado acordaros de nosotros en vuestra misericordia, si no os amamos aún cuanto corresponde á vuestra ternura, al menos, deseamos, ¡vos lo sabéis, Dios nuestro! amaros. Desde ese tabernáculo santo, dignáos, Dios de amor, dirigir una mirada benigna sobre esta pequeña porción de almas fieles, que el dolor, el deseo de satisfaceros y aplacaros, el reconocimiento y el amor, han conducido y tenéis postradas á vuestros piés. ¡Ah! ¡Cómo quisiéramos nosotros, por el entero sacrificio de nosotros mismos, volveros toda la gloria que el mundo y el infierno pre-

tenden con todos sus esfuerzos arrebatarnos! Sí, sí, adorable Jesús, nosotros vendríamos á borrar con nuestras lágrimas tantos crímenes que traspasan vuestro divino Corazón: felices mil veces si nos fuera permitido lavarlos con nuestra sangre. Pero, ¿quién podrá, amado Jesús, reparar vuestra gloria ultrajada, quién podrá, como no seais vos mismo? Por esto es que ocurrimos á vuestro adorable Corazón en favor de aquellos que os desconocen y os ofenden: ¡oh Corazón misericordioso! iluminad á esos ciegos, perdonad á esos ingratos; y si es preciso el que seais vengado, vengaos de la manera que sea más conveniente á vuestra gloria, lanzad sobre nosotros, no los rayos de vuestra cólera, sino las saetas inflamadas de vuestro amor, para que siendo nosotros la conquista de ese amor infinito, seamos también para siempre sus

discípulos y sus apóstoles, y que después de haber practicado las virtudes que nos manda, podamos participar algún día de la felicidad prometida. Amén.

### TERCER DESAGRAVIO.

¡Oh Corazón Sagrado de mi amable Salvador! ¡cuán sensible á nuestras miserias os ha hécho vuestro amor! ¡Oh Dios mío, qué bondad la de haberos puesto por nosotros en estado de víctima en la adorable Eucaristía! y sin embargo, ¿qué es lo que veis en el corazón de la mayor parte de los hombres, sino resistencia á vuestra voluntad é ingratitud á vuestros beneficios? ¿No era aún bastante, oh Jesús mío, el haberos abandonado una vez á una cruel agonía en el Huerto de los Olivos, donde llevábais el peso de nuestras pecados? ¿Era aún necesario el que esos mismos dolores se renovasen todos los días sobre nuestros

altares á la vista de tantas iniquidades? ¿Cuáles fueron entonces y cuáles son ahora los sentimientos de vuestro Corazón? ¿Cómo es posible que se encuentren corazones tan duros que no se enternezcan? Permitted, oh mi amado Redentor, que prosternado y anonadado ante vuestra divina presencia os rinda alguna reparación por todas las injurias con que no cesan vuestros mismos hijos de oprimidos y por todas las amarguras que hacen probar á vuestro angustiado Corazón. Quisiera regar con mis lágrimas y lavar con mi sangre todos los lugares donde se os ultraja, y reparar con todo género de humillaciones el indigno desprecio que se hace de vuestras gracias y de vuestro amor. Quisiera, sobre todo, poder disponer de todos los corazones para ofrecerlos en sacrificio, y por medio de este homenaje consolaros de la culpable

insensibilidad de los que no os han querido conocer, ó que, habiendooos conocido, no os han amado. Al menos, señor, aceptad el que yo mismo me ofrezca á vos: inmoladme, consumidme como víctima vuestra; pero antes, purificadme, haced que comience á no amar otra cosa que á vos solo, que no tenga mi vida sino para vos, y que jamás vuelva yo á tener posesión de mi corazón después de haberlo consagrado todo á vos; en fin, que en todo tiempo halle un asilo en vuestro Corazón, mi paz á la hora de la muerte, y mi bienaventuranza en la eternidad. Amén.

#### CUARTO DESAGRAVIO.

Adorable Jesús, vos nos presentáis en la Sagrada Hostia vuestro Corazón todo ardiente de ese amor, y lleno de esa caridad misericordiosa que os inmoló por nosotros. Sí, ese mismo Corazón es, y así lo creemos,

el que sintió tan vivamente nuestras miserias, que fué tan cruelmente afligido por nuestros pecados, y que tanto suspiró por nuestra felicidad. ¡Oh Divino Salvador, cuán caro os hemos costado! ¡Qué trabajos, que sufrimientos tan excesivos no os ha costado la redención de las almas! ¡Ah, si fuesen al menos los hombres reconocidos á esa tan inmensa caridad! Pero ¡qué horror! más y más ingratos cada día, no cesan de renovar los horrores que sufristeis sobre el Calvario. Cada día despedazan ese divino Corazón que nos habéis dejado en ese Sacramento, para ser hasta el fin de los siglos nuestro Mediador y nuestra Víctima.

¡Oh Jesús! Vos preveíais bien esos ultrajes al tiempo mismo que instituíais ese adorable misterio; y sin embargo, por el grande amor que nos teníais, permanecíais voluntariamente expuesto en él para ser ultrajado de



nuevo. ¿Qué menos podíais esperar vos, que un vivo y eterno reconocimiento? Mas ¡ay de mí! los más sangrientos ultrajes que recibís en ese adorable Sacramento ¿por ventura no os vienen de parte de nosotros? No parece sino que vuestros mismos hijos se han puesto de acuerdo con vuestros enemigos para renovar todos vuestros dolores. ¡Oh amor, ultrajado por los mismos que se llaman y se dicen vuestros adoradores y amigos! ¡Cómo quisiéramos nosotros tener lágrimas de sangre para llorar amargamente tan horrible ingratitude! Jesús adorable, aceptad con nuestros corazones, quebrantados de dolor, las oraciones y buenas obras que de aquí en adelante hagamos, como otras tantas reparaciones, desagravios y continuos sacrificios á vuestro Divino Corazón. Pero todo cuanto nosotros podemos ofrecer, es nada en com-

paración de lo que vos merecís y de lo que quisiéramos ofrecer. Uníos, pues, á nosotros, inteligencias celestes, santos del cielo, justos de la tierra, y vos, sobre todo, augusta Madre de Dios, única capaz de honrar dignamente el Corazón de vuestro divino Hijo, uníos á nosotros para que podamos ofrecerle los homenajes y reparaciones dignas de su infinito amor. ¡Ah, Señor! Detenga hoy día vuestra misericordia sensible á nuestras lágrimas el brazo levantado de vuestra justicia. Escuchad, Señor, nuestros clamores; manifestáos sensible á nuestras desgracias, acábense y no vuelvan más. Abridnos vuestro Corazón, aceptad los nuestros; nosotros os los consagramos. ¡Oh divino Mediador! Reconciliadnos con vuestro Padre, y haced que experimentemos vuestras misericordias. Unidos todos de corazón y espíritu, os decimos con el más

puro y verdadero amor, y lo repetiremos incesantemente: ¡Oh Corazón Sagrado de Jesús! que las criaturas todas os conozcan, os amen y os adoren en todo el universo, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOTA.—*No se extrañe que estos desagravios se multipliquen: son los actos más propios para la Expiación. Son los más agradables á Jesús Sacramentado. Estos actos hacían las delicias de la devoción al Sacramento, de la bienaventurada Margarita Alacoque: los repetía con tanta frecuencia, los hacía con tanto afecto y compasión, que mereció la revelación de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, y el ser elegida para establecerla y propagarla en la Iglesia.*

*Como revisten el carácter de actos expiatorios, tomamos los siguientes del mismo libro del ya citado Padre Lascano para visitar al Smo. Sacramento en la Adoración perpetua.*

VISITA.—PREPARACION.

SÚPLICA.

¡Cuán amables son, oh Jesús mío, vuestros Tabernáculos! Mi alma desfallece y se consume en deseos de vivir con vos eternamente. Mi corazón y mi carne saltan de alegría delante de vos, y aun me parece que vos mismo me convidáis á que venga á descansar junto á vos. ¡Ah, y cuán grande es la necesidad que tengo de ello! Yo me siento rendido, descaecido y sediento de esas aguas vivas de la gracia, como el ciervo herido y fatigado desea hallar una fuente para apagar en sus cristalinas aguas la sed que le abrasa y devora. ¿Dónde hallaré la tranquilidad y reposo de que tanto necesita mi pobre alma, sino á los piés de vuestros sagrados altares? ¡Felices, mil veces felices los que habitan en vuestro Santo Templo; aquí hallan el más dulce asilo, y vos